

El sacrificio de Ancash por la Independencia del Perú y de América

Por: Félix Alvarez Brun

(Discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia)

Experimento en estos momentos una profunda emoción al encontrarme al lado de vosotros, señores académicos, comprometido a compartir, por vuestra generosa decisión, la vida y actividades de la Academia Nacional de la Historia, entidad representativa de la cultura nacional en el ámbito de la Historia. Esta emoción es mucho más intensa para mí al tomar conciencia de que mi elección como Miembro de Número de esta ilustre Academia significa un compromiso y un reto no solamente para colaborar con vosotros en las delicadísimas tareas propias de la institución, sino también en cuanto se refiere a la investigación histórica como labor personal, a la que quisiera entregarme de lleno, porque acaso siento vocación por ella, pero que me resulta un tanto difícil por hallarme incorporado profesionalmente a la diplomacia y al profesorado universitario. Sin embargo estoy convencido que con vuestro aliento y ejemplo, habida cuenta de vuestros consejos, podré cumplir con la obligación que hoy adquiere.

Es un honor inmenso el hecho de que venga a ocupar el asiento de una de las figuras más representativas de la cultura peruana, como es la del doctor Alberto Ulloa Sotomayor. Tuve el privilegio de conocerle personalmente porque mantenía estrecha y fraterna amistad con mi padre político, el doctor Luis D. Espejo, médico y humanista al estilo de Gregorio Marañón. A ambos escuché dialogar en el calor hogareño, único sitio donde se puede advertir la sinceridad, la franqueza y la llaneza personales, sin que en esas conversaciones íntimas funcionen los formulismos y las posturas comprometidas de otros ambientes que en todo caso son circunstanciales y halagan únicamente la vanidad o la transitoria figuración. Las conversaciones que ellos sostenían salían de lo común, de lo cotidiano e intrascendente, porque ambos poseían amplia y sólida cultura, producto de experiencias y enseñanzas de la vida tanto como de lecturas selectas para las que tuvieron igual vocación. Puedo decir, por consiguiente, que mi admiración y respeto al

doctor Alberto Ulloa Sotomayor nacieron de aquellos coloquios y cuanto quisiera decir hoy, en elogio suyo, sería pálido reflejo y no alcanzaría a expresar, en la dimensión adecuada, el valor humano excepcional que fue la nota predominante de su vida, ni tampoco su recia personalidad intelectual, que le convirtieron en un arquetipo de nuestra cultura.

Maestro por muchos años en las aulas universitarias y en el amplio campo del Derecho Internacional Público, en el que formó discípulos que lo recuerdan como a uno de los paradigmas de esa ciencia jurídica, contribuyó eficazmente, con su sólido conocimiento de dicha disciplina y de nuestra realidad nacional, a defender los derechos soberanos de la patria, siguiendo de este modo la tradición patriótica y fecunda de su familia en la que destacan los nombres ilustres de José Casimiro Ulloa, su abuelo, de Alberto Ulloa Cisneros, su padre, y de Luis Ulloa Cisneros, su tío.

El doctor Ulloa fue autor de varias obras, en las que brilla la severidad de su estilo, su versación y experiencia, así como su profunda sabiduría jurídica e histórica y su amor entrañable al Perú. En ellas y en los foros internacionales a los que concurrió como representante peruano, abogó con inteligencia y ahinco en pro de los intereses nacionales y de las causas nobles de la humanidad. En su *Tratado de Derecho Internacional Público*, que ya tiene varias ediciones, el doctor Ulloa exhibe su esencial vocación y cariño por esa rama del saber jurídico, colocándose en la línea moderna del derecho y la política internacionales. Es decir que en esa importantísima obra, como en otros trabajos que vinieron después, el doctor Ulloa se aparta del encogido ámbito nacional para proyectarse a horizontes más amplios y universales. El adelanto científico que irrumpe vertiginoso en nuestro siglo, permite una más rápida comunicación entre los pueblos y los arrastra a buscar soluciones para sus problemas particulares más allá de sus fronteras, en la comunidad internacional, pero no solamente para beneficio propio sino además para bien de la humanidad que vive en gran parte bajo el estigma del subdesarrollo, del hambre, de la miseria y de la incultura. Problemas angustiosos éstos que son comunes a numerosos pueblos de la tierra y que, como tales, reclaman soluciones mancomunadas y solidarias, que es el único camino para establecer la justicia social internacional. El doctor Ulloa vió con claridad meridiana que más allá de los aspectos políticos, jurídicos o de otra índole que comprometen el quehacer internacional particular de los Estados, se perfilan problemas de más largo alcance, de características más universales como son la supervivencia y el bienestar de la humanidad, los que, por lo mismo, necesitan la intervención franca, decidida y solidaria de los Estados. En este sentido, el doctor Ulloa, entre nosotros, ha sido uno de los primeros en abrir la brecha, pues tenía concepto muy claro de lo que es y debe ser el Derecho Internacional, vale decir de la problemática internacional de nuestro tiempo, en el que el verdadero eje o sujeto de ese derecho es el hombre.

Otra obra fundamental del doctor Ulloa es la *Posición Internacional*

del Perú, publicada en 1941 y reeditada recientemente. Es obra básica, substancial, para las nuevas generaciones peruanas, porque en ella éstas pueden conocer el agitado trajinar de nuestra vida internacional y los agudos problemas que la patria ha confrontado a todo lo largo de su historia republicana en defensa de su intangibilidad y de sus derechos territoriales. Es libro medular en el cual el autor ha examinado con atención los momentos difíciles en que el Perú se ha visto precisado a demostrar con documentos irrefutables, con alegatos jurídicos de incuestionable solidez y con la decisión que la razón y la justicia le imponían, sus inalienables derechos para mantener incólume su personalidad geográfica e histórica. En ella, además, el doctor Ulloa ha puesto de manifiesto su amor al Perú, su interés para calar hondo en las raíces de nuestra nacionalidad y para prever y pronosticar el auspicioso destino que le corresponde a la patria en el concierto de las naciones del continente y del mundo. Demuestra, finalmente, haberse compenetrado de los asuntos jurídicos e históricos del Perú, que sintió el palpar de la patria en los momentos en que había que defenderla con inteligencia, que no es otra cosa que poseer el conocimiento exacto de los hechos y de las circunstancias que los rodean a fin de enfocarlos con lucidez y espíritu crítico. En su interés histórico y jurídico por los asuntos internacionales del país, en su ardorosa e inteligente defensa de nuestros derechos territoriales, el doctor Ulloa está en la misma línea de otros ilustres diplomáticos e historiadores peruanos como Luis Ulloa, Solón Polo, Víctor M. Maúrtua, Arturo García Salazar, Raúl Porras y Víctor Andrés Belaúnde.

La incorporación del doctor Ulloa a esta Academia fue en mérito a su libro sobre *Nicolás de Piérola: una época de la historia del Perú*, publicada en 1949. El doctor José Luis Bustamante y Rivero ha expresado que en esa biografía el doctor Ulloa “perennizó su doble tributo al más insigne de los caudillos civiles de nuestra democracia republicana y a don Alberto Ulloa Cisneros, su padre, gran amigo y admirador de Piérola”. Es indudablemente un estudio serio, en el que el autor ha tratado de ser objetivo, sin que pesen sobre su espíritu crítico influencias viscerales que son las que distorsionan consciente y maliciosamente los hechos históricos y la vida de los que fueron sus protagonistas. El maestro Basadre ha dicho, sobre la misma obra: “Bien harían en leer esta biografía de Piérola quienes ahora, en nombre de una “desmitificación” que resulta útil si se mantiene dentro de los límites razonables, adulteran la imagen del hombre que tan profundamente caló en el alma popular durante más de cuarenta años”.

No es el momento para ocuparme de otras importantes obras del doctor Ulloa, entre las que destaca la inédita *Historia Internacional y Diplomática del Perú*; ni de su brillante trayectoria como diplomático, maestro y jurista, campos en los cuales alcanzó significación prototípica.

Paso, pues, a ocuparme sobre *El sacrificio de Ancash por la Independencia del Perú y de América*.

Ancash ha jugado un papel muy importante, trascendental, en la lucha por la Independencia del Perú y de América. No hay más que examinar la trayectoria seguida por los pueblos del Departamento para darse cuenta de su permanente batallar contra la dominación española. Los alborotos y protestas contra las autoridades coloniales y el sistema establecido desde el siglo XVI, fueron muchos y tuvieron su más notable proliferación a partir del siglo XVIII. Sin embargo fue en los albores del siguiente siglo, cuando había necesidad de contar con la adhesión y el apoyo decidido de los peruanos para culminar la Independencia de nuestra patria y de América, en que los pueblos de Ancash se hacen presente, entre los primeros, levantando la voz de la libertad y ofreciendo su resuelta colaboración por esa noble causa. Al final, cuando el Libertador Bolívar emprende la gloriosa hazaña de organizar el ejército patriota y de conducirlo al triunfo de Ayacucho, el Departamento todo es sacrificado en aras de la libertad. El precio que pagó por ella fue de enorme magnitud. Todo Ancash fue ofrecido en holocausto para obtener la ansiada Independencia, como lo veremos después.

Al momento en que Lord Cochrane aparece en la costa peruana, enviado por San Martín para auscultar el sentimiento del pueblo y difundir la propaganda revolucionaria, los habitantes del litoral y de la sierra de Ancash acuden con presteza a ofrecerle su cooperación para el mejor cumplimiento de la delicada misión que traía. El Virrey Pezuela anota en su *Memoria de Gobierno* que los habitantes de la costa, desde Chancay hasta Santa, tienen decidida voluntad a los "enemigos" y declara que "es muy difícil la defensa de tantos puntos y tan alejados unos de otros". Se refiere precisamente a los pueblos de Ancash. Enseguida, agrega que en la misma costa y a "su espalda, en sus inmediatos partidos de Conchucos, Huaylas y Cajatambo, han sido abrigados los emisarios de los enemigos y cuantos infidentes se han huido de esta capital (Lima) y sólo reina la decidida voluntad de ellos a los enemigos, por lo que necesito, sin pérdida de tiempo, poner en respeto todo aquel territorio numeroso de habitantes, cuando las circunstancias me permitan emplear en ellos tropa veterana de confianza". Las afirmaciones de Pezuela no solamente expresan la realidad existente en esa parte del territorio peruano sino, lo que es más importante, temor y preocupación porque la decidida voluntad de los ancashinos estaba por la libertad y constituía la más sólida amenaza para la autoridad virreinal, sobre todo en aquellos momentos en que la noticia sobre la expedición libertadora de San Martín llenaba de pánico a las más altas autoridades virreinales. Tan cierto era el temor de Pezuela respecto de la actitud de la población norteña que no pudo llevar adelante una acción inmediata, con tropas experimentadas y de confianza, como era su deseo, porque a éstas las necesitaba para defender Lima

y dudaba de su éxito si las enviaba contra las poblaciones que habían manifestado su propósito de amparar a los patriotas llegados con Cochrane. Las afirmaciones de Pezuela, que corresponden a los primeros días del mes de abril de 1819, son corroboradas por el viajero Stevenson y por el emisario secreto de San Martín, José García.

Por ese tiempo el pueblo de Supe, en cabildo abierto y en un ambiente lleno de fervor popular, se pronuncia públicamente por la independencia. Es decir que se yergue como el primer pueblo peruano que proclama la Patria libre y ofrece sus esfuerzos en favor de ella, como anota el propio Pezuela. Fue el 5 de abril de 1819 en que, en solemne acto, los habitantes de la villa de Supe, luego de deponer al Alcalde, "declararon su independencia", dice Stevenson. Los cabecillas principales fueron Villanueva, Aranda, "Reyes, un respetable agricultor, Franco, Requena, un sacerdote" y el propio Stevenson, que poco después de haber partido la escuadra de Cochrane son sometidos a una corte marcial. El ejemplo de Supe se repite de inmediato en Huacho y en los pueblos de Ancash que, en manifestaciones plenas de entusiasmo y unción patriótica, se pronuncian por la libertad y colaboran decididamente en la difusión de las proclamas y llamados revolucionarios de los agentes secretos de San Martín. El espíritu en favor de la libertad había, por consiguiente, alcanzado la madurez necesaria a todo lo largo y ancho del territorio nacional, particularmente en la costa y sierra del norte peruano, donde los alborotos, los levantamientos populares, fueron frecuentes. La conciencia autonomista era pues una auténtica y promisoría realidad en los primeros lustros del pasado siglo. El pensamiento de nuestros precursores ideológicos y la épica hazaña de Túpac Amaru de enfrentarse con inteligencia y valor al poder español hasta ser sacrificado por la justa causa que él defendió, habían logrado forjar aquella conciencia, pórtico indispensable para que los pueblos reclamasen su libertad. Los de Ancash, en los que el nombre de Túpac Amaru era pronunciado para alentar los levantamientos populares, fueron de los primeros en convencerse que había llegado la hora de la independencia.

José Valega en su obra *La gesta emancipadora del Perú*, expresa que "el rico departamento de Ancash, con sus amplias provincias mineras y agrícolas, mostró su celo patriótico, por el año 1819, acogiendo a Pablo Jeremías, agente propagandista enviado por O'Higgins y San Martín. Se le llamaba el médico inglés, porque su acción se deslizaba, entre el pueblo, en forma de curaciones gratuitas a los pobres, y porque, como yanqui, no dominaba aún el castellano". Este agente que usaba diversas artimañas para hacerse entender, exaltó el espíritu revolucionario de los ancashinos infundiéndoles confianza para obrar decididamente por la causa de la libertad. Las fuerzas que Pezuela enviara especialmente para aprehenderlo no pudieron lograr su objetivo, sencillamente porque "las gentes más conspicuas —dice Valega— interceptaba los planes virreinales y, mediante la simpatía protectora del pueblo, propiciaban la huida oportuna del propagandista". La misión

de Jeremías de introducir la idea revolucionaria en los pueblos del Perú, se vió, de esta manera, aligerada por la simpatía y franca aceptación que a ella ofrecieron los peruanos con quienes logró ponerse en contacto. Jeremías vino con otros agentes revolucionarios, entre ellos José Paredes y José García, en la expedición de Cochrane que partiera de Valparaíso en enero de 1819, según anota Pezuela en su *Memoria de Gobierno*.

Un documento de la época revolucionaria revela la acción llevada a cabo por los ancashinos de la Costa, de Huaylas y de Conchucos, en los momentos augurales de la Independencia. Los enviados de San Martín, a tenor de dicho documento, realizaron esforzada labor propagandística en Lima y en las regiones de la costa y de la sierra del departamento de Ancash. En él se encuentran informes detallados sobre la actividad cumplida por cada uno de aquellos agentes; sobre los corresponsales peruanos de San Martín que alentaban la venida de la expedición libertadora, con riesgo de sus propias vidas; sobre los preparativos insurreccionales para el momento oportuno, es decir para cuando San Martín se presentase frente a las costas peruanas; sobre los elementos con que contaban para la lucha; sobre el estado político de Lima, el número y condiciones militares del ejército realista y, en fin, sobre la forma más conveniente y efectiva de la ayuda que los peruanos estaban dispuestos a prestar a la expedición una vez que pisara suelo peruano. Era convicción unánime en las reuniones secretas habidas en un callejón de la calle Malambo, en casa de don Mateo Aranda, que el espíritu insurgente era un hecho y que en Lima y en la sierra los pueblos se levantarían apenas sonase el clarín de la libertad y se contara con la presencia de San Martín. El documento señala que los patriotas peruanos, sean éstos Riva Agüero, Remigio Silva, Pablo Rodríguez, el padre Carrión de San Pedro o el cura Tagle, comunicaban a San Martín hasta sobre lo que se hablaba en el Gabinete del Virrey, y le aseguraban "que el pueblo de Lima y los pueblos de las provincias se alborotarían inmediatamente que se presentase, contando principalmente con los de Huaraz y Conchucos".

Pero hay mucho más sobre el estado revolucionario peruano, que intencionalmente se quiere desconocer o restar importancia, para sostener que la Independencia llegó de fuera sin que los peruanos hubiesen hecho algo de su parte. El agente sanmartiniano García declara que se había comunicado al Libertador los planes e ideas revolucionarias de los peruanos; que entre éstos se contaba con "gentes decentes", vale decir con personas importantes e influyentes, y que "sería fácil tomar Lima en presentándose el Ejército, porque se conmovería el pueblo". Agrega, también, que "en vista de estos informes empezó San Martín a tratar de hacer la Expedición". Era lógico. San Martín tuvo que informarse bien sobre la realidad peruana. No iba a exponerse a una aventura militar sin haber previamente tomado las seguridades del caso para obtener éxito. Esas seguridades las ofrecían los peruanos comprometidos en la labor revolucionaria. El ambiente de insurrección, la mentalidad en pro de la autonomía, se hallaba forjado

desde muchos años antes de que viniera San Martín, por obra de los precursores y de la difusión ideológica. En 1811, por sólo citar un ejemplo, Fernando López Aldana publica de su puño y letra el *Diario Secreto de Lima* y en uno de los números que envía a Castelli, con la esperanza de que éste lo hiciera imprimir en Buenos Aires, le dice. . . “si Lima no ha alzado el grito de la independencia, no es porque deje de desearlo, sino porque no puede según es grande la opresión”. Más tarde, en 1820, Benito Laso en una proclama que envía a Chile y que se publica ese mismo año, luego de hacer un profundo análisis sobre la realidad peruana, manifiesta que el Perú es el centro de la opresión y que la presencia del ejército libertador de San Martín será para “asegurar vuestra independencia con nuestras fuerzas mismas” y para “darnos el impulso con vuestras tropas y armas: vuestra presencia electrizará a los Patriotas, y abatirá el orgullo de los déspotas”. Añade después esta frase: “Expedición, Expedición. Esto es lo que clama el Perú todo y esto es lo único que a la América del Sur conviene. . . es absolutamente necesario a este país y lo es también a los Estados independientes”. Laso tenía, en consecuencia, clara idea respecto de que la independencia del Perú era también la de América, y lo repite: “Entre tanto el Perú se halle dominado por los españoles, las Provincias de la Unión y Chile tendrán un enemigo poderoso que los incomode de cerca, que les prive de recursos, que retarde su independencia, y haga tal vez con el tiempo vacilar su seguridad”. Finalmente dice: “viniendo la expedición de Chile, se entabla la guerra en el centro del Perú, ésta tomará vuelo en defensa de la Patria, si no en todas en las más de las Provincias y aumentándose las fuerzas de la expedición con los peruanos mismos, se pondrá en estado o de destruir enteramente al enemigo o de aislarlo en posiciones desesperadas; se le privará a éste de los contingentes con que sostiene las tropas, convirtiendo a la causa de la libertad las Provincias que los contribuyen”.

Las provincias dispuestas a unirse a la expedición libertadora de San Martín al término de la segunda década del siglo pasado, que menciona Laso, no son otras que las de Lima, de Huaylas y de Conchucos. El pueblo peruano estuvo pues dispuesto a luchar, a entregar su propia vida por la libertad, meta por la que venía bregando desde hacía mucho tiempo, pero que le resultaba muy dura y difícil, porque aquí se encontraba la mayor resistencia del poder colonial, aquí tenía España su mayor fuerza militar y aquí esperaba acabar con todos los pronunciamientos de Independencia producidos en América. No es que a los peruanos les haya faltado voluntad revolucionaria, baste el ejemplo de Túpac Amaru, ni que hayan permanecido inermes esperando que de fuera les llegara la libertad, sino que la promovieron y la alentaron, por propia conveniencia y porque era la única manera de asegurar la de los demás pueblos del continente, como lo entendieron perfectamente San Martín y Bolívar.

Pero mi intención no es seguir refiriéndome a lo que los peruanos y

en particular los ancashinos hicieron en los difíciles momentos de la siembra ideológica y de su decidida acción por la causa de la libertad, cuando llegaron los heraldos de San Martín. Ni tampoco es mi propósito hablar de los patriotas ancashinos, que fueron muchos. Quiero resaltar el sacrificio de Ancash en los momentos en que Simón Bolívar actúa decididamente para formar el ejército patriota y para dar la batalla por la libertad de América.

Pasados los momentos difíciles de la etapa sanmartiniana y de las vacilaciones producidas en la etapa que podría llamarse peruana, cuando el Libertador Simón Bolívar, entre la confianza y el pasajero desaliento, decide organizar en el norte del país el ejército que serviría para la campaña final, busca en los pueblos del departamento ancashino los recursos indispensables para la preparación y sostenimiento de aquél. Era preciso recurrir a las fuentes naturales, a los medios y elementos básicos que el territorio y los habitantes podían ofrecer sin complicación alguna para el mejor servicio logístico de la campaña libertadora. Y todo lo encuentra Bolívar en Ancash, en ese extenso departamento que entonces comprendía los partidos de la Costa, Huaylas, Huari, Conchucos, Cajatambo y Huamalíes, en donde, además —como dice un documento de esa época— todos los habitantes son insurrectos y hasta los “chacareros” son “insurgentes de opinión”. Pero también el Libertador, con la genialidad que le era característica, piensa que eso no es suficiente para el momento crucial en que debe definir un plan estratégico que ofrezca las mayores seguridades para la formación y adiestramiento del ejército patriota. Razones militares le aconsejan, por consiguiente, la conveniencia ineludible de convertir al departamento entero en territorio desolado a fin de impedir que el enemigo avance al norte. Es así como en esa fatigosa emergencia de reunir soldados, de evitar la sorpresa de la fuerza realista, de mantener la disciplina y la moral de las tropas, de contar con los recursos naturales para la alimentación y el vestido de los soldados, de obtener el metal para las herraduras y demás arreos de la caballería y de todo cuanto es preciso y esencial para la organización del ejército patriota a fin de que pudiera enfrentarse sin peligro ni desmayo a un enemigo superior en número y con catorce años de triunfos, Ancash, el departamento todo, ocupa lugar preferente entre los pueblos del Perú. Por ello conviene dejar bien sentado que ese sacrificio llegó al extremo de que los documentos históricos, los protocolos de las notarías y de los archivos públicos y particulares, fueron utilizados como taco para los cartuchos de las armas del ejército libertador y que los ornamentos de oro y plata de las iglesias fueron extraídos para convertirlos en numerario para pagar a las tropas. Ancash, en definitiva, es el departamento de la Libertad y merece los honores de tal con el reconocimiento público del país entero.

Desde el momento en que el Libertador Bolívar concibe la idea de organizar las huestes patriotas entre Huamachuco y Trujillo, piensa también convertir a las provincias de Huaylas, Conchucos, Huari y de la Costa, es

decir de todo el actual departamento de Ancash, en el granero fundamental para el aprovisionamiento de las tropas y en el bastión de defensa frente al enemigo. El propio Libertador atraviesa el territorio ancashino, entre noviembre y diciembre de 1823, con el propósito de informarse personalmente sobre los medios de defensa y seguridades que el territorio podía ofrecer a sus planes militares. Y Sucre, su más eficiente y leal colaborador, establece en Huaraz su Cuartel General, desde donde ejecuta sin vacilaciones, al pie de la letra, las instrucciones que Bolívar le imparte.

Por el conocimiento personal del territorio y por las detalladas comunicaciones de sus Generales y demás Jefes respecto del peligro enemigo, el Libertador decide hacer de Ancash un desierto con el propósito estratégico de impedir la marcha de los realistas hacia el norte. Bolívar se propone así, desde el instante inicial de su campaña, desolar la región comprendida entre Huamachuco y Trujillo por el norte y las provincias de Huánuco y Cerro de Pasco por el sur. Los pueblos señalados para ser sacrificados, de acuerdo a ese inevitable plan militar, no son otros que los del departamento de Ancash. Formulada de esta manera el esquema estratégico, las medidas a tal efecto comienzan a ejecutarse a partir de noviembre de 1823, y alcanzan su máxima rigidez y perentoriedad en los seis primeros meses del año siguiente. Los Generales y Jefes patriotas dictan en ese lapso órdenes terminantes para que se recojan los recursos naturales y se lleven a Huamachuco. Todos reconocen que "las vías de hecho son dolorosas para los pueblos e inevitables para las tropas", pero las exigencias que se imponían para la campaña militar obligaban a adoptar esa clase de medidas. Las órdenes del ilustre caraqueño son definitivas al respecto. En los pueblos del departamento de Huaylas no debía dejarse recurso alguno que pudiese ser aprovechado por el enemigo para una posible incursión sobre Huamachuco o Trujillo. En carta firmada en esta última ciudad, el 22 de diciembre de 1823, Bolívar le dice a Sucre "... debemos tomar muchas medidas preparatorias y anticipadas, usted en todo el departamento de Huaylas y yo en Trujillo. En ambos departamentos se puede hacer mucho, mucho; pero usted es el que tiene más que hacer, porque está inmediato a los enemigos y porque tiene que retirar hacia nosotros cuanto puede ser útil a los dos". Sucre, que conocía muy bien al Libertador, en realidad, desde tiempo atrás, venía adoptando medidas en ese sentido. Desde su Cuartel General dicta órdenes a los Jefes militares de su mando para que ejecuten con exactitud y rapidez todas las disposiciones que fueran necesarias para extraer del departamento los recursos naturales, enviándolos inmediatamente a Huamachuco. Con fecha 24 de noviembre instruye al Coronel Urdaneta que "de tránsito por Carhuaz y Yungay y en Caraz mismo haga recoger todos los ganados y bestias que puedan proporcionarse para el ejército, mandando en todas direcciones partidas de caballería con oficiales de confianza que los recojan". Pocos días después, el 28 de noviembre, José Domingo Espinar escribe al Prefecto del departamento de Huaylas y le informa que "no ha

habido pueblo el más pequeño del tránsito del departamento de Santa que no haya presentado al menos sesenta bestias para el servicio del ejército y no haya ofrecido todo lo necesario para el sustento del mismo”.

Los pueblos de Ancash respondían pues al llamado de la Patria con verdadero entusiasmo y desprendimiento. Sin embargo las órdenes de los jefes patriotas son cada día más rigurosas ante la amenaza de un avance realista, por lo que había que cumplir con hacer del departamento el desierto proyectado. Es por eso que Sucre, atendiendo a una orden expresa del Libertador, dice al Coronel colombiano León Galindo, sin reticencia ni amagues, que “el Libertador quiere poner un desierto entre los enemigos y nosotros”, y por consiguiente que en Huari y en todos los pueblos de Conchucos disponga que “todos, absolutamente todos los ganados, caballos y mulas, sin ninguna excepción, sean pasados a Huamachuco”, agregando que la “requisición debe ser tan general que no quede rincón sin buscar”, y que también se remita al mismo punto “todo el maíz y cebada, todo el trigo”. No había duda, la causa de la libertad estaba de por medio, y los pueblos lo comprendieron así, por eso es que espontánea y libremente accedieron a los requerimientos de los jefes patriotas. El Presidente del departamento de la Costa, Andrés Reyes, comunica al Ministro de Guerra y Marina, el 21 de noviembre de 1823, su gran satisfacción porque, a pesar de los cortos recursos de los pueblos, “ha sido increíble el empeño que han tomado sus habitantes en auxiliar a porfía la división expedicionaria. Todo le fue facilitado al momento: víveres, bagajes y cuanto podía prestar el país”, habiendo quedado satisfecho el Libertador por la “prontitud y actividad con que ha sido auxiliado el ejército...”.

Los documentos prueban de esta manera que Bolívar no solamente tuvo la idea muy clara sobre la realidad ancashina para llevar a buen término la preparación del ejército libertador y cumplir con el plan de campaña que había trazado, sino que además se dió perfecta cuenta del espíritu decidido y heroico que animaba a los habitantes del departamento. Esto, indudablemente, no significa negar que existió ese mismo espíritu en otros pueblos del territorio nacional, sobre todo en los del norte del país que también contribuyeron con los productos de su región y con aportes económicos importantes cuando las autoridades civiles y militares lo demandaron. Lo que deseo es resaltar el hecho de que, entre todos ellos, Ancash, conciente e ineluctablemente, fue el inmolado por la causa de la libertad al convertirse en desierto como lo exigía la estrategia del Libertador, inmolación que aceptó con ejemplar patriotismo y gallardía.

Durante los largos meses de preparación de las tropas patriotas, la situación era sumamente delicada. La zozobra invadía constantemente el corazón de los oficiales ante la idea de una posible marcha de las veteranas tropas realistas hacia el norte. Las noticias que los patriotas recibían sobre los movimientos o intenciones del enemigo eran con frecuencia contradictorias y algunas veces producían alarma obligando a modificar los planes de

defensa destinados a cerrarle el paso. En el campo patriota no se conocía con exactitud si los proyectos realistas consideraban el propósito de un avance por Huari y Conchucos, por el otro lado de la Cordillera Blanca, como pensaba Sucre, o por el Callejón de Huaylas, según algunas informaciones. Lo cierto del caso es que conforme corrían los días, el temor crecía y había que acelerar la preparación del ejército libertador. El propio Bolívar en los primeros momentos de aquella labor no se encontraba completamente seguro del éxito, aunque tenía fundadas esperanzas de que pronto estaría en condiciones de triunfar. Pero ¿si las tropas realistas marchaban al norte antes de que los patriotas estuvieran preparados para ofrecerles batalla? A este temor se añadía el malestar político del país que creaba situaciones de inquietud y restaba tranquilidad en esos momentos difíciles. Sólo el genio de Bolívar y su férrea voluntad de triunfar constituían factores tecnificantes en las más angustiosas situaciones políticas y militares. En carta al Presidente Santander, el 8 de diciembre de 1823, le dice: "En un año o tenemos paz o hemos vencido, o nos ha llevado Caplan". Además tenía pleno convencimiento que debía culminar la independencia del Perú porque sin ella no estaría asegurada la de Colombia y tal vez hasta se consolidaría el dominio español en América. Sucre compartía ese mismo pensamiento y advertía que era necesario aprovechar la ventaja que ofrecía el territorio, la colaboración de los patriotas y guerrilleros peruanos y la disciplina del ejército colombiano. Aconsejaba, además, que no debía esperarse mucho tiempo para dar frente al enemigo, debiendo ganársele la iniciativa de una batalla. Desde Huaraz, el 24 de marzo de 1824, le escribe al Libertador y le expresa: "Una batalla es la única que nos salvará". Y a mediados del mes siguiente le explica su pensamiento: "si los godos pierden una batalla pierden el Perú; si la ganan nosotros sólo perdemos las dos provincias del Perú que tenemos, porque en una batalla quedaría sobre el campo mitad del ejército español y por supuesto incapaces de obrar contra Colombia". No había duda, el avisado General estaba en lo cierto. Una derrota de los patriotas podía afirmar a los realistas en el Perú, pero sus fuerzas quedarían debilitadas y su triunfo no duraría mucho tiempo, porque se emprendería una nueva campaña por los pueblos de América para acabar con ellos. En la misma carta, Sucre le recalca al Libertador que "... la causa de América es una misma", y al ser "una misma" la acción libertadora en el continente no podía quedar frustrada por una derrota, más aún si el enemigo quedaba debilitado a consecuencia de su pasajero triunfo. Sucre era un convencido de que se alcanzaría la victoria, pero según él, debía actuarse rápidamente y darle frente al ejército realista.

En todas las especulaciones de carácter militar, de si se debía actuar rápidamente o esperar que se consolide la formación del ejército patriota; de si el enemigo iría o no en su busca para impedir su constitución o fortalecimiento; de si en una batalla con el ejército realista se obtendría la victoria o se sufriría una lamentable y definitiva derrota, Ancash está siempre

en la mente y acción de los jefes patriotas. No obstante encontrarse Bolívar con la salud quebrantada, con mortificaciones respecto de la situación política de ese instante en el gobierno, es decir con disgustos ocasionados por Torre Tagle y el Congreso, cuya actuación le parece al Libertador que es lenta y no clara y decisiva al adoptarse las resoluciones que le solicita, sigue perfeccionando sus planes y proyectos, inmediatos y mediatos, para la campaña definitiva, con la misma voluntad, con el mismo talento y genialidad que le llevaron a obtener los más sonados triunfos que dieron la libertad a América.

Afina su mirada de águila y la proyecta, en visión panorámica, hacia los pueblos de Ancash, para hacer recaer sobre ellos la gravísima responsabilidad de darse por entero para asegurar la libertad de América. Toda su próxima campaña militar la planifica teniendo como base el territorio y el potencial económico y humano del departamento de Ancash. Y así se vé que a partir de enero de 1824, sus órdenes son cada vez más enérgicas con el objeto de que los oficiales militares de su mando y las autoridades civiles acudan con todo lo necesario para atender a la preparación del ejército de Huamachuco y servir al plan estratégico por él trazado. Entre las instrucciones que dirige a Sucre, desde Pativilca, el 26 de enero le dice: "... debemos ante todo, tomar todo el ganado que sea posible y conducirlo con las tropas mismas de este lado de la cordillera hasta Huari o más adelante. Las tropas deben consumir los carneros y el ganado vacuno debemos dejarlo para cuando emprendamos las operaciones". Y agrega a continuación: "Por lo mismo y por otras muchas consideraciones, yo soy de sentir que debemos recoger todos los víveres posibles con la tropa y conducirlos todos más allá de Huaraz y de Huari". Es necesario también "recoger todos los víveres y caballería y todos los embarazos del ejército y ponerlos desde Corongo hacia el norte...". En estas citas puede notarse que Bolívar emplea con repetida frecuencia la palabra "todo"; y es que en su pensamiento funciona la idea de convertir a Ancash en desierto, como lo había proyectado. La recolección general debía llevarse a efecto con la mayor rapidez por el peligro, cada vez más voceado, del avance realista hacia el norte. Bolívar de acuerdo a las más recientes informaciones que recibiera de los puntos avanzados del territorio libre, tenía temor de ser sorprendido. No podemos "vernos súbitamente expuestos a pérdidas o retardos", le manifiesta a Sucre. El "hospital, municiones sobrantes de los cuerpos, gruesos del bagaje y en fin todo embarazo del ejército con caballerías y ganados deberán colocarse necesariamente a dos o tres jornadas a retaguardia de los cuarteles principales, de modo que el ejército pueda moverse con expedición". Y así se hace. En julio de 1824, en la provincia de Huaylas no queda absolutamente ninguna mula para conducir los granos, como ordenaba el General Gamarra, pues todas han sido recogidas para el ejército junto con cuanta bestia que "habiendo sido pedidas de avío no las han devuelto por cuyo motivo los la-

bradores no han tenido con qué trillar sus sementeras de trigo, y unos lo han hecho con bueyes y otros a fuerza de palos”, dice una información.

Junto a los importantes preparativos para una eventual retirada al norte en caso de producirse el ataque enemigo, el Libertador atiende a otros aspectos de carácter militar, como la preparación física de las tropas. Estas debían estar en condiciones óptimas para vencer las dificultades del territorio, sin agotamiento ni mayor esfuerzo, en largas y sucesivas jornadas, “porque el secreto de la táctica está en los pies como dice Gilbert y nuestros enemigos lo poseen admirablemente”. Bolívar somete pues a las tropas a duros entrenamientos físicos y hasta se preocupa de que se prevenga el soroche, para el que el General O'Connor recomendaba “zumo de limón con azúcar”, y también “contra las célebres verrugas”, prohibiendo de manera absoluta que los soldados bebiesen o tocasen las aguas contaminadas y que ni siquiera se dejasen salpicar por ellas al pasar los arroyos. En la preparación física Bolívar ordena que los soldados realicen “todas las semanas dos marchas de diez leguas cada una, bien de un pueblo a otro o bien yendo y viniendo en un mismo día al mismo acantonamiento”. “El hecho es que debemos hacerles marchar diez leguas por día; proporcionándoles al mismo tiempo todas las comodidades posibles; sin comprometer en estas marchas a los convalecientes, débiles y estropeados para que no se agraven. También hacerles pasar la gran cordillera, de cuando en cuando, para que se acostumbren al soroche y a las punas. En días convendrá también hacerles subir y bajar algún cerro escarpado, y en otros darles algunas carreras de una hora y de media hora...”. El Libertador sabía bien que los soldados del ejército realista tenían experiencia en las campañas de la sierra y que sus largos años de actividad militar y de triunfos se debían al hecho de no haber olvidado la preparación física de aquellos, sobre todo en relación al medio geográfico andino de terrible anfractuosidad.

Pero acaso interesa mucho más seguir con lo relacionado al sacrificio de Ancash por la libertad. La máxima demostración de ésto se encuentra en el Plan General de Campaña que el Libertador elabora en Pativilca y que comunica al General Sucre el 13 de febrero de 1824. El Departamento es en dicho plan el territorio designado para llevar a cabo las operaciones militares contra los realistas, y según todos los cálculos, en el cual debía obtenerse la victoria. Es también digno de relievase en él la decisión de Bolívar de convertir al Departamento en un verdadero campo de batalla. Por eso, si los sucesos hubiesen ocurrido como fueron previstos, tal vez el nombre de uno de los pueblos de Ancash habría alcanzado la gloria que hoy comparten Junin y Ayacucho. Las ventajas estratégicas que ofrecían muchos lugares del territorio ancashino eran en concepto de Bolívar, “demasiado buenas para sostenerse y aún destruir a los españoles”. La carta de 13 de febrero es, por consiguiente, de importancia fundamental como documento histórico y militar.

Luego de considerar Bolívar que Lima sería perdida en “ocho días a

más tardar”, que el departamento de Huaylas queda amenazado, lo mismo que la Costa hasta Casma, y que los generales realistas llevarían a cabo diversos movimientos dentro de un posible plan de campaña, el Libertador dice a Sucre que éstos podrían disponer de pastos en la sierra, en el término de dos meses y así “no carecerían de nada en su marcha, según preveo, si nosotros no imitamos muy expresamente al emperador de Rusia en la defensa que hizo de su imperio”. Advierte Bolívar que entiende por pastos “el trigo, la cebada, el maíz, tiernos o granos, en fin toda sementera que pueda comer un caballo”, y, por lo mismo, agrega, “debemos pues recoger todo, todo y mandarlo al departamento de Trujillo, y lo que no se pueda recoger por no estar en sazón, debe ser consumido por las bestias y ganados que marchan a la retaguardia”. “No dude usted que los departamentos de la Costa y Huaylas tenemos que perderlos; por lo que debemos tomar en ese territorio los tres mil hombres de reemplazos que nos debe el Perú, y poner un desierto entre los godos y nosotros”.

“Los enemigos estarán reunidos para marchar a Trujillo dentro de 30 o 40 días, a más tardar (o sea para mediados de mayo); esta cuaresma, pues, debemos consagrarla toda a la recolección de toda cosa útil para el ejército. Para este fin el mejor método es emplear en guerrillas todos los cuerpos de nuestro ejército, encargándoles a los comandantes la más grande exactitud y orden en las exacciones, y que no dejen rincón que no visiten y examinen escrupulosamente”.

He aquí señalado el destino inevitable del Departamento, ser convertido en desierto, para cuyo efecto no debía dejarse rincón alguno sin ser visitado para extraer de él todo lo que fuese útil para el ejército patriota situado en Huamachuco.

A continuación Bolívar indica la forma cómo deben quedar distribuidas las tropas en territorio ancashino, precisando los destacamentos a establecerse en la Costa y en la Sierra, la construcción de fortificaciones y cortaduras, a cargo del Comandante O'Connor; los puestos de observación, los jefes experimentados para comandarlos; los cuerpos de infantería y de lanceros que debían conformarlos, las guerrillas de apoyo consideradas como fundamentales, la caballería y todo cuanto era útil para la defensa y rápida movilidad de las tropas patriotas.

Es interesante, sin embargo, para el tema que hoy trato, consignar que en el plan de campaña Bolívar establece zonas territoriales perfectamente definidas para la distribución del ejército libertador. La primera comprendida entre el paralelo Pativilca, Cajatambo y Huánuco y el paralelo Casma, Huaraz y Huari, territorio que debe ser recorrido únicamente por guerrillas montadas. La segunda zona abarca desde el último paralelo mencionado y el paralelo que cruza Huamachuco, zona que es llamada de conservación y que puede servir —dice— “de descanso al ejército mientras no se sepa que el enemigo se dirige contra nosotros con fuerzas respetables”, y en donde “debe colocarse por escalones, la caballería de Casma hasta Lambayeque,

la infantería de Huaraz y Huari hasta Pallasca”, punto convergente de los callejones de Conchucos y Huaylas.

Ordena Bolívar que la primera zona quede desierta, “recorrida por algunas guerrillas nuestras, la segunda zona debe quedar ocupada por nuestras tropas, pero sin más recursos que los indispensables para la subsistencia semanal”. Establece, asimismo, una tercera zona al norte de las anteriormente citadas, a partir de Huamachuco y que comprendía el departamento de Trujillo, “zona que debe recibir todo lo extraído de las otras dos y conservar lo que posea”, dice expresamente. Por último comunica a Sucre que él parte a Trujillo “a declarar la ley marcial y a poner jefes militares en las divisiones militares” que va a establecer, y le ordena que despliegue una intensa energía en los departamentos de Huaylas y la Costa, para lo que le otorga todas las facultades. “Yo nombro a usted General en Jefe de todo el Ejército Unido con las facultades necesarias en el territorio que ha de mandar”, le dice.

Como puede apreciarse, el Libertador pone de manifiesto en dicho Plan de Campaña, como nota sobresaliente, su altísima calidad de estrategia y de genio de la guerra. Además, a tenor de la carta que apenas he glosado, Ancash resulta ser, en definitiva, el territorio de emergencia; el Departamento en el cual acaso pudieron haberse desarrollado todas las operaciones militares y decidirse la suerte del Perú y de América.

Apenas escrita la carta de 13 de febrero, Bolívar recibe de manos del Coronel Soler, recién llegado a Pativilca procedente de Lima, el decreto del Congreso que le confiere poder dictatorial y manda suspender al Presidente y al Congreso. El Libertador manifiesta ante tal hecho su más amplia complacencia, porque desde entonces puede decidir por sí solo y evitar dilaciones por las consultas obligadas a aquellos poderes. Expresa con regocijo que le parece magnífica y muy patriótica la decisión del Congreso. Las instrucciones que imparte a Sucre podían, en consecuencia, llevarse a efecto con la mayor fuerza, pues dimanaban de una autoridad dueña de los más amplios poderes. Desde ese momento, Bolívar podía con plena independencia, dictar otras medidas tanto o más rigurosas que las anteriores. Y así lo hace. Ancash es objeto de nuevas y más drásticas disposiciones. No solamente ordena extraer los recursos naturales para ser remitidos a Huamachuco, sino que impone mayores sacrificios a los pueblos del Departamento. Desde Trujillo, por intermedio de su Secretario, ordena que el Intendente de Santa haga recoger de toda la provincia a su cargo “las alhajas de oro y plata de las iglesias, sin dejar más en cada una de ellas que los cálices, las patenas, la custodia, los copones en que se dá la comunión y un incensario”. Todo lo demás, sin excepción, debía ser incautado y remitido a Trujillo. Se le advierte a dicho Intendente que debe actuar en forma “exacta y prontísima”. Orden parecida le envía al Coronel Andrés Reyes, Prefecto del departamento de la Costa, al Coronel Ignacio del Alcázar, Prefecto de

Huánuco y Huaylas, y a otras autoridades militares y civiles de la zona ocupada por los patriotas.

En realidad había una apremiante situación económica por falta de numerario. El Libertador no tenía con qué pagar la tropa, comprar el vestuario y otros elementos imprescindibles para los soldados. En carta de 21 de marzo le manifiesta a Sucre "el mes que viene no tendremos qué comer, si no se toman medidas muy fuertes con las alhajas de las iglesias de todas partes. Recomiendo a usted esta medida que es muy productiva si se sabe tomar en todo el territorio evacuado por nosotros, que aún está ocupado por nuestras armas. Este negocio es de la mayor importancia de Chancay hasta Pallasca, que es el territorio que usted manda inmediatamente. En esta ciudad (Trujillo), como han tenido miedo, han entregado cerca de cincuenta mil pesos en plata labrada, lo mismo sería en otra culaquiera parte con el mismo motivo". Sucre, sin pérdida de tiempo, lleva adelante lo sugerido por el Libertador y, de esta manera, los pueblos de Ancash ven que las joyas de las iglesias y altares son recolectadas para servir a la causa de la libertad. No ofrecen resistencia a las medidas adoptadas para tal efecto, y, antes bien, con sincera emoción patriótica los habitantes se desprenden de sus joyas particulares y en grandes y numerosas colectas públicas entregan hasta sus propios ahorros. Por este hecho Sucre puede informar a Bolívar, el 14 de abril, que ya tiene veinticuatro mil onzas de plata de las iglesias de la provincia de Huaylas, y que "se completarán cuarenta o cincuenta mil de las del resto del departamento". Le añade, además, pleno de optimismo, que las poblaciones muestran gran desprendimiento asociándose voluntariamente con los objetos de su pertenencia particular. Los tiempos imponían tales sacrificios y había que hacerlos para bien de la Patria. Las tropas venidas de la Gran Colombia reclamaban el pago de sus sueldos, ropa y alimentos. Y el Perú tenía la grave responsabilidad de cubrir esos gastos para mantener la disciplina y la permanencia de dichas tropas que constituyeron la base del ejército libertador. Ancash salió al frente con la limpia y clarísima disposición patriótica de sus hijos para atender aquellos requerimientos. El General en Jefe del Ejército Unido, desde su cuartel en Huaraz, le advierte, no obstante, al Libertador que "se van escaseando los recursos de numerario si no se acuña esa plata para socorrer estos cuerpos por tres meses a cuarta parte de paga. Hay la mayor economía en todo; todo se trabaja por lo más barato, los menestrales a ración; en fin no se dispensa arbitrio". Por su parte, el Prefecto de Huaylas, Coronel Del Alcázar, comunica al Ministro General del Estado, José Faustino Sánchez Carrión, el 12 de mayo, haberse colectado de las iglesias pertenecientes a las intendencias de Cajatambo, Huari y Huamalíes 2,763 marcos de plata labrada, vale decir 22,104 onzas. Un mes después, el 13 de junio el Coronel Del Alcázar informa al mismo Ministro General, que el Tesorero de Huánuco, al hacerse cargo de sus funciones ha recibido 2,311 marcos de plata chafalonía y

2,544 marcos de plata, "pertenecientes a las Iglesias de Bajo Conchucos", todo lo que hace un total de 38,840 onzas.

Documentalmente, se comprueba pues que los ornamentos y alhajas de las iglesias, pasan a ser convertidos en monedas y servir de numerario para pagar a las tropas, que en el curso de los primeros meses de 1824 se incrementan con los batallones constituidos por peruanos. Pero esto no es todo. Los balaustres metálicos de los balcones y las rejas de las ventanas y puertas de las mansiones señoriales integraban la aportación ancashina. Estos materiales son utilizados para confeccionar las herraduras de los caballos de los Húsares y Granaderos que pronto irían a luchar y obtener la gloriosa victoria de Junín. Sucre comunica a Bolívar que todos los objetos de metal, apropiados para la fabricación de herrajes para los caballos han sido extraídos de las casas de Yungay y otros pueblos. Nada se desperdicia en esa cruzada de sacrificio colectivo para armar y equipar a los valientes soldados que nos darían el más preciado regalo de la Libertad. Las mujeres se desprenden de sus aderezos y preseas y los entregan como cuota patriótica, al mismo tiempo que con sus propias manos cosen los uniformes y estandartes del ejército. Todos, absolutamente todos, hombres y mujeres grandes y chicos, contribuyen con su trabajo, con sus bienes más preciados y con su voluntaria colaboración para tener bien equipada la hueste patriota. Es por ello que cuando Miller escribe desde Caraz a un amigo que se encuentra en Londres, le dice, sin exagerar términos: "Yo te aseguro que los libertadores, tanto de la infantería como de la caballería, pueden presentar una revista militar en el campo de Saint James y llamar la atención". El irlandés O'Connor, ingeniero y eficientísimo colaborador de Bolívar, escribirá también en sus *Memorias* que el batallón "Voltijeros", era "hermosísimo y brillante" y su "banda de música la mejor en todo nuestro ejército". Así fue como Bolívar pudo forjar en poco tiempo, en escasos meses en realidad, un ejército vencedor de siete mil soldados, de "meros esqueletos... y absoluta desnudez", como anota O' Leary en sus *Memorias*. Además ese lucido ejército ya no se hallaba formado únicamente por grancolombianos y los pocos argentinos que quedaron después de la ausencia de San Martín, sino también y en número muy importante y significativo por peruanos, entre los que ocupan sitio de honor los ancashinos. Un batallón es íntegramente formado por hijos del Departamento, que pronto tienen brillante actuación en Junín y Ayacucho.

Ancash entrega también su contingente de sangre mediante el reclutamiento forzoso de los hombres hábiles para la guerra. Los jefes militares disponen que se proceda a la leva de "todo individuo, desde la edad de doce años hasta la de cuarenta, que sean útiles para el servicio de las armas", como ordena el general colombiano Ortega. Recuérdese que Bolívar pedía tres mil peruanos para los reemplazos de la tropa. Así, desde la adolescencia los ancashinos pasan a engrosar las filas de la libertad. Las mujeres quedan solas y tienen que ocuparse de las tareas agrícolas y domésticas con los

ancianos, si es que la coyuntura bélica les permite cumplir con esos menesteres. Ellas se ven obligadas a buscar el sustento con sus propias manos y, efectivamente, lo cumplen sin vacilaciones, porque la mujer ancashina es laboriosa y posee gran espíritu de sacrificio, virtudes que le vienen por atavismo y tradición. Respondieron con decisión a las exigencias del momento, sobrellevando sin angustia ni pesadumbre la dura prueba de ver partir a sus esposos, hijos o hermanos a los campos de batalla. El reclutamiento en todo el Departamento fue prolijo y severo durante el mes de febrero. Baste señalar que en breve tiempo el piquete de Húsares de Colombia, constituido solamente por 60 hombres cuando llegó al Perú, subió al apreciable número de 400 con los reclutas peruanos; y que el 6 de marzo de 1824 se suspende la orden de reclutamiento en vista del éxito obtenido, es decir de haber alcanzado el contingente deseado. El Prefecto del Departamento, Coronel Del Alcázar, hace público ese día el siguiente bando: "El Libertador de Colombia y Supremo Jefe Dictatorial del Perú me comunica por extraordinario que, teniendo en la más alta consideración a los pueblos de este Departamento, por los constantes sacrificios que ha hecho en favor de la justa causa de la Independencia, y en virtud de los repetidos informes que le he dirigido, exponiéndole prolijamente el estado de dichos pueblos; ha resuelto, para aquietar el ánimo de los beneméritos ciudadanos, se suspenda, en el acto de la publicación de este bando, la colección de reclutas y que todo ciudadano se contraiga, con serenidad, a sus labores peculiares, trabajando con empeño en la agricultura, minas e industria, bien que con la precisa obligación de ser puestos al servicio de chasquis, arreaaje de ganados y demás incumbencias en que los Jefes y Magistrados los ocuparen, como confiadamente espera S. E. del buen comportamiento con que todos deben conducirse".

Una vez que el ejército patriota estuvo perfectamente organizado y listo para medir sus armas con las del experimentado ejército realista, comenzó a moverse de norte a sur, desde Trujillo y Huamachuco, a través de territorio ancashino, para unirse en Huaraz con las fuerzas del General Sucre. A diez mil soldados alcanza el número del ejército libertador, según Miller. Es decir, el número de la fuerza regular que cierra filas con sólida preparación, buen equipamiento y eficaz servicio logístico, como lo quiso y lo ejecutó Bolívar. Al lado de él estaban las guerrillas y los hombres encargados de los más variados servicios, como elementos de afianzamiento íntegramente constituídos por peruanos, en particular por ancashinos. El paso de Bolívar por los pueblos de Ancash es triunfal. Su espíritu se reconforta y llena de entusiasmo por las expresivas muestras de fervor patriótico y decidida voluntad en pro de la Independencia, todo lo que lleva a vislumbrar, pleno de confianza, el triunfo de la causa por la cual había luchado desde hacía mucho tiempo. En Huaylas, Caraz, Yungay, Carhuaz, en todas partes, se le recibe con calurosas muestras de simpatía y adhesión. En todas esas ciudades se produce una especie de emulación para destacarse unas de otras en

homenajes y atenciones al héroe caraqueño y su ejército. Se produce una verdadera euforia popular colectiva en toda la ruta. Cada pueblo presenta sus "calles bien limpias, las puertas adornadas con colgaduras decentes y arcos triunfales en las esquinas"; los habitantes con el "mayor júbilo posible" se agolpan en las calles y plazas; hay "repiques generales sin interrupción"; "iluminaciones en las calles" durante todo el tiempo de permanencia del Libertador. Así lo anota el Prefecto del Departamento. Las damas intervienen también organizando fiestas y bailes en agasajo de Bolívar y de sus oficiales, a la vez que alientan a sus esposos, hijos o hermanos para que sacrifiquen con honor su propia vida a fin de obtener la victoria. Pero además los pueblos proporcionan las facilidades y medios más oportunos y urgentes para que el ejército patriota no sufra detrimento alguno en todo el recorrido. Según el Prefecto, la provincia de Huaylas sostuvo "por ocho meses como a cinco mil hombres" y "con bastante gasto un Hospital Militar en que han habido —dice— más de 600 enfermos; una maestranza crecida de artillería y otra de sastres y carpinteros, a quienes se les paga religiosamente el justo precio de su trabajo". La misma alta autoridad informa que al paso del Ejército por la ciudad de Huaraz, éste recibió "cuantos auxilios ha necesitado", y aún más, proporciona algunos detalles como el de haberse dado "a cada cuerpo para su marcha, cuatro raciones de pan, sal, cebolla, ajíes, etc., por plaza" y que la mayor parte de todo ello "no ha costado dinero, porque los pueblos gustosos se han prestado a este servicio". Ante la tremenda carga que significó para los ancashinos la atención a las necesidades del ejército libertador, el Coronel Del Alcázar expresa que se hallan "agotados los arbitrios" por haberse cubierto cuantos presupuestos se le han presentado, durante la presencia de aquél en el Callejón de Huaylas.

Pero eso no es todo. La ropa que los valientes soldados lucieron en Junín y Ayacucho fue proporcionada también por los ancashinos. Los informes del Coronel Del Alcázar así lo señalan. Desde Huaraz, el 20 de julio de 1824, le dice al General en Jefe del Ejército Unido Libertador que ha entregado al Comandante Miguel Antonio Figueredo "dos mil varas de pañete y todo el paño de la Estrella que se ha podido conseguir en Huaraz, para la confección de ropa del ejército que ha estado a cargo del Teniente Coronel José de Espinar". Además le comunica haber "circulado órdenes a todos los obrajes para que no se trabaje otra ropa que la de pañete" y que en breves días tendrá "tres mil varas para la construcción de capotes y demás necesarios del ejército". El cuerpo de artillería que permanece unos días en Huaraz ha sido habilitado con todo lo indispensable, dice el Prefecto en informe del 10 de agosto. Se le ha entregado "a cada oficial una camisa de Bretaña y un corte de pantalones de paño, y a cada soldado camisa, chaquetón, pantalones y capote". La misma autoridad expresa que haciéndose "cargo de que los dignos oficiales del ejército se hallan escasos de camisas", remite al General en Jefe del Ejército Unido "catorce doce-

nas de camisas de Bretaña”, “dieciseis piezas de Bretaña ancha”, y “sesenta piezas de Bretaña angosta, aunque todas las providencias de mi mando han tocado ya al último extremo de la ruina”.

Como puede apreciarse el esfuerzo de los ancashinos fue inmenso. Supieron responder al llamado de las autoridades militares y civiles, cumpliendo a cabalidad el sacrificio que la historia les tenía deparado para bien de la patria y de América. Y no fue en vano ese esfuerzo y sacrificio porque pronto los ancashinos recibieron con alborozo la gratísima noticia del triunfo de Junín, antesala de la victoria de Ayacucho. El Prefecto Del Alcázar autoridad que merece, en mi concepto, el más alto reconocimiento patriótico porque se multiplicó en sus funciones para cumplir las órdenes emanadas de sus superiores y porque en gran parte se debió a sus desvelos el hecho de que el ejército libertador pudiese ser atendido en todo género de auxilios durante su permanencia en el Departamento al recibir el informe sobre el éxito de Junín, lleno de júbilo y emoción contesta en los siguientes términos al Ministro General de la República: “El sobresalto que causó en mi ánimo la idea de haber sido tan feliz y ventajoso el primer ensayo de las armas libertadoras, no pudo menos que hacerme exclamar a voces los repetidos vivas que en el momento se propagaron en la ciudad. Dejo a la consideración de V. S. los efectos que causaría en los ciudadanos una nueva de tanta trascendencia, y deseada por instantes. No pudo mi impaciencia demorar la publicación por un momento, luego me dirigí a la Plaza acompañado de todos los funcionarios de la ciudad: allí se leyó en voz alta la nota de V. S. y los vítores y aclamaciones del pueblo fueron acompañados del repique general de campanas; y como la hora fue oportuna, se iluminaron las calles aún más remotas, todo fue un placer y prodigarse mutuamente los parabienes. Electrizado el bello sexo concurrió a porfía con hachas encendidas a formar un célebre y vistoso círculo en la plaza, entonando con el más delicado concierto canciones patrióticas muy alusivas al caso, acompañando esta función la general alegría de los niños y gente plebe, que mientras éstos satisfacían en la plaza sus aspiraciones, las personas del primer rango se dirigieron a la Prefectura donde se hizo un baile festivo, que se repitió por tres noches consecutivas con el mayor decoro. Al día siguiente se ofició una solemne misa de gracias, habiendo vertido una oración panegírica tan sabia como entusiasta y religiosa el Presbítero don José María Robles y para que todo el Departamento de mi mando no careciera de esta noticia tan interesante, la circulé en el acto y con la mayor rapidez”.

Las afirmaciones que he hecho en este trabajo se encuentran amparadas en datos fidedignos, la mayor parte de ellos emanados de las autoridades políticas y militares que actuaron en Ancash. Muchos de los documentos que he consultado son inéditos, y todo me ha llevado a la conclusión de que el sacrificio de los hijos del Departamento fue de enorme magnitud. Tienen ellos el mérito y el orgullo de haber sido, por la entrega espontánea de sus bienes, de sus ganados, de los productos naturales de su

suelo, de sus alhajas y de su sangre, los gestores un tanto olvidados por la historia del triunfo final que selló la autonomía de nuestra patria y aseguró la de América toda, bajo la luminosa espada de Bolívar, porque en los campos de Junín y Ayacucho terminaron para siempre los tres siglos de dominación española. Cuatro mil quinientos grancolombianos, cuyos batallones Bogotá, Voltijeros, Pichincha, Caracas, Rifles, Vencedor y Vargas, lo mismo que los Granaderos de Colombia y los Húsares de Junín fueron reforzados con peruanos; mil doscientos peruanos que constituyeron los batallones 1º, 2º, 3º y Legión Peruana al mando del general La Mar, y ochenta argentinos dieron la batalla definitiva de Ayacucho, según el general Florencio O'Leary. Francisco Burdett O'Connor y el historiador Vicente Lecuna confirman estos datos al establecer que fueron 5,780 hombres los que formaron el Ejército Unido Libertador y 9,310 del ejército realista. Ellos, en números redondos, "seis mil bravos del ejército libertador han sellado con su constancia y sangre la independencia del Perú y la paz de América", dirá el general Sucre en encendida proclama al día siguiente de aquella gloriosa victoria.

Por tales motivos bien vale reiterar que la Independencia del Perú no fue únicamente obra de los patriotas venidos con San Martín y Bolívar, sino que nosotros mismos la labramos y la obtuvimos con la sangre de nuestros compatriotas y el sacrificio heroico de nuestros pueblos, en estrecha y fraterna unión con los hijos de los pueblos del continente americano.

